

Sábado de la segunda semana de Cuaresma

Lecturas: Hebreos 3:12-16; Marcos 1:35-44

Litúrgica

La conmemoración de difuntos

El sábado de los difuntos tiene un doble carácter: de día de fiesta, y de día de muerte. Es una fiesta, pues ha sido en este mundo y en este tiempo cuando Cristo ha vencido a la muerte y ha inaugurado su Reino. Es un día de muerte, porque en la muerte de Cristo, el mundo está muerto; y su salvación, su cumplimiento y su transfiguración son, más allá de la tumba, en el siglo venidero. Todos estos sábados reciben su significado de dos sábados decisivos: el de la resurrección de Lázaro y el del gran y santo sábado de Pascua, donde la muerte ha dado paso a la nueva vida. Estos sábados de difuntos son días de conmemoración universal de todos los que se han dormido en el Señor.

La conmemoración de los difuntos tienen lugar el segundo, tercero y cuarto sábados de la Gran Cuaresma, y están destinados esencialmente a la conmemoración de los “familiares”. Pero aquí, hay menos oraciones para el reposo de las almas, y estas no revisten tanto un carácter exclusivo y global como en el caso de los sábados de la Abstinencia de Carne y de Pentecostés. Si estos dos últimos sábados son universales, los tres sábados mencionados antes están destinados a la conmemoración de los familiares. Aquí, estos son elevados al primer lugar, acompañados, como siempre, de la conmemoración de todos los difuntos.

Las oraciones por los difuntos están reforzadas durante los sábados de la Gran Cuaresma, pues no hay liturgia durante la semana para conmemorarlos.

Extractos del oficio del día

Maitines, canon, tono 8, oda 6, 3º tropario

Tu has transformado la muerte en un sueño, durmiendo en la tumba nuestra pena, y a los muertos les has dado la vida. Por eso, oh Salvador, haz dignos a los que has elegido y se han dormido, por las oraciones de tus santos mártires.

Maitines, 1º canon, tono 8, oda 8, 2º tropario

¡Ay, cuán descuidados he pasado los días de mi vida! Y he aquí que llega el fin, y viene a tomarme sin haber hecho buenas obras para este fin. Mártires que habéis terminado vuestro camino con éxito, suplicad sin cesar que pueda obtener un buen fin.

Maitines, 1º canon, tono 8, Teotoquio

Ezequiel, oh Purísima, te vio desde antaño como puerta infranqueable que abre las puertas del arrepentimiento a los desesperados. Así, te ruego: ábreme el camino que conduce al reposo de la vida futura.

Homilía

*San Teófano el Recluso
Sobre la oración*

“Él (Jesús), salió y se fue a un lugar desierto, y se puso allí a orar” (*Marcos 1:35*). El Señor reza como un hombre, o más bien como Aquel que se hizo hombre revistiéndose de la naturaleza humana. Su oración intercede por nosotros, y al mismo tiempo es formadora de Su humanidad, a la que convenía entrar en posesión de lo divino por el camino de la restricción. En el sentido último, es para nosotros un modelo, un ejemplo. El apóstol Pablo nos enseña que en los que han acogido el Espíritu, es el Espíritu quien reza, pero no reza por Sí mismo: suscita en el espíritu humano lazos de oración para con Dios. Y para nosotros, la verdadera oración es una oración muda por el espíritu. Pero esto es el grado superior. Para llegar a él, existe el trabajo duro de la oración ordinaria para los que buscan purificarse, santificarse. El aislamiento, las horas de la noche, son las que mejor convienen para esta labor. ¿En qué consiste? En un gran número de postraciones acompañadas de profundos suspiros. Trabaja, e insiste en trabajar, expulsando toda pereza. El Señor tendrá piedad de ti y te concederá el espíritu de oración, que obrará en ti como obra la respiración en el cuerpo. Llévalo, pues, a cabo: ¡ahora es el momento propicio!.

**Traducido por psaltir Nektario B.
Para cristoesortodoxo.com
© Marzo 2015**